

Misterio en Subchoque

Pan y paciencia

MATÍAS GODOY

Alfaguara, 2023, Bogotá, 288 pp.

SERÍA IMPRECISO decir que esta es una novela de misterio. Pero a medida que avanza la lectura, aumenta la intriga de saber el desenlace de la maraña que se ha tejido en la narración, como pasa con las buenas novelas de misterio. Sin embargo, *Pan y paciencia*, de Matías Godoy, va un poco más allá de eso y ofrece una obra que, evidentemente, no se deja encasillar. El misterio es la base y sobre esta se desborda una narrativa inteligente, arriesgada y mordaz que quiere dejar presente una clara intención de alta literatura.

¿Qué la haría una novela de misterio? Pues... hay un muerto, resultado de un crimen sin aclarar; hay un puñado de personajes turbios y complejos que no se dejan descifrar del todo; hay conflictos entre esos personajes, producto del crimen sin resolver; a su vez, todos son potenciales culpables, todos tienen rasgos sospechosos a su manera, algunos investigan, otros ocultan, el uno es más mañoso que el anterior, y sus roces inconexos van alimentando un enredo en que el lector cae sin dificultad.

Todo sucede –improbablemente– en el muy tranquilo pueblo de Subchoque: una niña guaquera desaparece y, para aclarar qué ha pasado, llega el obispo de Duitama a hacerle competencia a la incompetente policía local e irrumpe en la parsimonia provinciana. Alrededor de sus pesquisas y andanzas, se van barajando versiones, ideas, recuerdos, anécdotas y ocurrencias de diferentes personajes, que aumentan el tono de intriga. Y es ahí donde comienza a abrirse la brecha que separa a *Pan y paciencia* de las novelas policíacas convencionales.

Por un lado, está el escenario. Ya sea que uno conozca Subchoque o no, su elección como lugar de los hechos es una apuesta por la imaginación: el recuerdo ligado a este pueblo está lejos de relacionarse con el crimen, y remite más a una postal de remanso sabanero, marcada por la imagen estereotipada del campo frío cundiboyacense: bondadoso, trabajador e impoluto.

Pero Godoy sabe cumplir el reto de construir la intriga lúgubre en medio de un paisaje completamente opuesto a la intranquilidad.

Entre el verde intenso de la sabana, el sol acaparador del cielo helado, los cultivos resplandecientes de curuba y las veredas repletas de árboles centenarios que hablan entre sí, el autor sabe desperdigar las partes que van formando una pesadilla. Por las trochas, las construcciones ruinosas y las relaciones pueblerinas se va asomando el fantasma de la violencia, que usa diferentes máscaras para crear la confusión y alimenta la inquietud del lector.

Esas formas que adopta la intriga en *Pan y paciencia* también constituyen una de las mayores cualidades narrativas de la novela: sus personajes. Cada uno tiene una voz característica, y en ocasiones esta se junta con otras que traen su propio tono y color, y todas le permiten a Godoy dar rienda suelta a una creatividad que se destaca en la literatura actual colombiana.

Cada capítulo (algunos con una mirada omnisciente de los personajes, otros como extensos diálogos entre ellos, enriquecidos con un gran dominio de la oralidad campesina y que no dan un respiro) es una muestra de la habilidad del autor con el lenguaje. Es decir, no le basta contar un misterio: quiere que sea la plataforma para crear un juego del lenguaje que le permita explorar sus destrezas. Y quiere que el lector lo note.

Así, Godoy construye monólogos infantiles con la espontaneidad de la fantasía de los niños; crea conversaciones filosóficas con el tono provinciano de las autoridades locales, pero que aciertan al dar una idea universal y recurrente del mundo; sabe hacer del villano un cínico rapaz, de la monja una conspiradora pasiva, de los árboles unos sabios y mudos testigos, y del principal sospechoso un extraño entrañable. Y todas esas apuestas las ejecuta con precisión.

Por último, también retrata cómo la violencia –o su percepción– y la paranoia que desencadena han creado un código social entre los colombianos, en el cual el miedo es nuestro pan de cada día, alimentado por las especulaciones y la picardía de nuestra idiosincrasia y aprovechado como una herramienta de control y poder.

Ese abordaje sobre la estructura de la violencia en la vida cotidiana es una constante en la literatura colombiana; una línea temática que, fácilmente, podría llamarse “novela sobre violencia en pueblos colombianos” y dentro de la cual *Pan y paciencia* también clasificaría. Lo que hace que su intervención sea interesante y se diferencie de otras que ya son casi canónicas, como *Cóndores no entierran todos los días*, *El Cristo de espaldas*, o algunas más recientes como *Los ejércitos*, es la astucia con la que Godoy trata de dar sentido a la absurda génesis de nuestras violencias, que brotan desde un punto cero gracias a nuestra propia desconexión como sociedad. Solo necesitan un detonante mínimo para que comiencen a marchar.

Seguramente, no es intención del autor, ni de su novela, hacer un retrato metafórico que refleje y proporcione herramientas de análisis sobre los orígenes de nuestros conflictos. Si así fuera, estaríamos ante un libro muy diferente. Pero el tratamiento a ese contexto social en el que se desenvuelve su trama tiene el tacto necesario para no dejar atrás la prioridad del libro –que finalmente es la literatura– ni sacrificar un abordaje inteligente sobre nuestro principal trauma social.

No se asienta en nuestros episodios más cruentos, no se extiende en los acontecimientos históricos más complejos, ni en las teorías políticas o sociológicas más sesudas. Le basta un crimen sencillo para desplegar los rasgos elementales que componen nuestro lado más siniestro. Esa es una buena materia prima para una novela, pero puede echarse a perder si se abusa de ella.

Sin caer en una vulgar retahíla aleccionadora o en la moraleja facilista de una fábula con color local –lo cual es un riesgo que se corre al crear una novela con estos rasgos–, *Pan y paciencia* propone reflexiones sobre los orígenes de nuestra fragmentación como sociedad, pero sin perder su rumbo literario. Desarrolla, por ejemplo, la idea del enemigo interno y externo como una de las formas en que se ha acrecentado nuestra violencia, y crea un retrato a escala de Colombia, reflejado en un pueblo tranquilo que un día deja de serlo. Eso también la separa de las novelas policíacas más comunes.

Sea por el misterio, sea por su riqueza narrativa, o sea por el retrato de

RESEÑAS		NOVELA
<p>nuestra sociedad rota, el lector tiene razones para no soltar el libro. Todas son igual de válidas para continuar la lectura.</p> <p style="text-align: center;">Adrián Atehortúa</p>		